

J.C. RYLE

LA

CRUZ



LA CRUZ

J.C. RYLE



La Cruz por J.C. Ryle

Titulo original: The Cross – 1852

Copyright © 2020 Ministerio Palabra de Libertad

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 by The Lockman Foundation Usadas con permiso www.NuevaBiblia.com

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo del traductor, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas

Traducido por: Ministerio Palabra de Libertad

www.palabralibertad.blogspot.com

Contacto: pdlcontactos@gmail.com

Primera Edición

Impreso en los EE. UU.

A Cristo nuestro Señor y Salvador, quien es digno de toda la gloria y honra, y al que por toda la eternidad siempre estaremos agradecidos por Su sacrificio en la Cruz del calvario. A todos nuestros hermanos y hermanas que han sido redimidos por la sangre de Cristo, y aquellos que vendrán al oír el mensaje de la Cruz

Tabla de contenido

Introducción	2
1. ¿En qué no se glorió el apóstol Pablo?	3
2. ¿Qué entender por la cruz de Cristo? —¿En qué se glorió Pablo?	6
3. ¿Por qué todos los Cristianos deben gloriarse en la cruz de Cristo?	10
Acerca del Autor.....	19

*“Pero jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo”
(Gálatas 6:14)*

Introducción

LECTOR, ¿Qué piensa y siente sobre la cruz de Cristo? Vive en una sociedad Cristiana. Probablemente asiste al culto de una iglesia Cristiana. Tal vez ha sido bautizado en el nombre de Cristo. Usted profesa y se llama a sí mismo Cristiano. Todo esto está bien. Es más, de lo que se puede decir de millones en el mundo. Pero todo esto no es una respuesta a mi pregunta, *“¿Qué piensa y siente sobre la cruz de Cristo?”*

Quiero decirle lo que el más grande Cristiano que jamás haya vivido pensó de la cruz de Cristo. Él ha escrito su opinión. Ha dado su juicio con palabras que no pueden ser confundidas. El hombre al que me refiero es el apóstol Pablo. El lugar donde encontrarán su opinión es en la carta que el Espíritu Santo le inspiró a escribir a los Gálatas; y las palabras en las que su juicio está escrito son éstas: *“Pero jamás acontezca que yo me glorie, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”*.

Ahora, ¿qué significó para Pablo decir esto? Él pretendía declarar con fuerza, que no confiaba en nada más que en Jesucristo crucificado para el perdón de sus pecados y la salvación de su alma. Deje que otros, si quieren, busquen la salvación

en otra parte. Que otros, si estaban tan dispuestos, confiaran en otras cosas para el perdón y la paz. Por su parte, el apóstol estaba decidido a no descansar en nada, a no apoyarse en nada, a no construir su esperanza en nada, a no depositar su confianza en nada, a no gloriarse en nada, excepto en *“la cruz de Jesucristo”*.

Lector, permítame hablarle sobre este tema. Créame que es de la más profunda importancia. No es una mera cuestión de controversia. No es uno de esos puntos en los que los hombres pueden aceptar diferir, y sentir que esas diferencias no le impedirán el acceso al cielo. Un hombre debe tener razón en este tema, o se pierde para siempre. Cielo o infierno, felicidad o miseria, vida o muerte, bendición o maldición en el último día —todo depende de la respuesta a esta pregunta, *“¿Qué piensa de la cruz de Cristo?”* Permítame mostrarle:

1. ¿En qué no se glorió el apóstol Pablo?
2. ¿En qué se glorió Pablo?
3. ¿Por qué todos los Cristianos deberían pensar y sentir sobre la cruz como Pablo?

1. ¿En qué no se glorió el apóstol Pablo?

Hay muchas cosas en las que Pablo podría haberse gloriado, si hubiera pensado como algunos lo hacen en estos días. Si alguna vez hubo alguien en la tierra que tuviera algo de que jactarse, ese hombre era el gran apóstol de los Gentiles. Si él no se atrevió a gloriarse, ¿quién lo hará?

Nunca se glorió *en sus privilegios nacionales*. Era judío de nacimiento, y como él mismo nos dice, —“*Hebreo de Hebreos*” [Fil. 3:5]. Podría haber dicho, como muchos de sus hermanos, “*Tengo a Abraham como mi antepasado. No soy un oscuro pagano sin luz. Soy una de las personas favorecidas por Dios. He sido admitido en el pacto con Dios por la circuncisión. Soy un hombre mucho mejor que los Gentiles ignorantes*”. Pero nunca lo dijo. Nunca se glorió en nada de esta clase. ¡Ni por un momento!

Nunca se glorió *en sus propias obras*. Ninguno trabajó nunca tan duro para Dios como él. Fue más abundante en trabajos que cualquiera de los apóstoles. Ningún hombre vivo predicó tanto, viajó tanto y soportó tantas dificultades por la causa de Cristo. Ninguno convirtió tantas almas, hizo tanto bien al mundo y se hizo tan útil a la humanidad. Ningún padre de la iglesia primitiva,

ningún reformador, ningún puritano, ningún misionero, ningún ministro, ningún laico, ningún hombre podría ser nombrado, que hizo tantas buenas obras como el apóstol Pablo. Pero ¿alguna vez se glorió de ellas, como si fueran las más meritorias, y pudieran salvar su alma? ¡Nunca! ¡Ni por un momento!

Nunca se glorió *en su conocimiento*. Era un hombre de grandes dones naturalmente, y después de que se convirtió el Espíritu Santo le dio todavía dones mayores. Era un poderoso predicador, y un poderoso orador, y un poderoso escritor. Era tan grande con su pluma como con su palabra. Podía razonar igual de bien con judíos y gentiles. Podía discutir con infieles en Corinto, o fariseos en Jerusalén, o con santurriones en Galacia. Sabía muchas cosas profundas. Había estado en el tercer cielo y había escuchado palabras indescriptibles. Había recibido el espíritu de la profecía, y podía predecir las cosas que estaban por venir. Pero ¿alguna vez se glorió de su conocimiento, como si pudiera justificarlo ante Dios? ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Ni por un momento!

Nunca se glorió *en sus gracias*. Si alguna vez hubo alguien que abundara en gracias, ese hombre era Pablo. Estaba lleno de amor. ¡Con qué ternura y afecto escribía! Podía sentir por las almas lo que una madre o una enfermera siente por su hijo. Era un hombre audaz. No le importaba a quién se oponía cuando la verdad estaba en

juego. No le importaban los riesgos que corría cuando las almas iban a ser ganadas. Era un hombre abnegado, —en el hambre y la sed a menudo, en el frío y la desnudez, en las vigias y los ayunos. Era un hombre humilde. Se consideraba a sí mismo menos que el menor de todos los santos, y el primero de los pecadores. Era un hombre de oración. Vean cómo esto aparece al principio de todas sus epístolas. Era un hombre agradecido. Sus acciones de gracias y sus oraciones caminaban juntas. Pero nunca se glorió en todo esto, nunca se valoró a sí mismo en ello —nunca descansó las esperanzas de su alma en ello. ¡Oh! ¡No! ¡Ni por un momento!

Nunca se glorió de su trabajo en la iglesia. Si alguna vez hubo un buen eclesiástico, ese hombre era Pablo. Él mismo era un apóstol elegido. Fue un fundador de iglesias, y un ordenador de ministros. Timoteo y Tito, y muchos ancianos, recibieron su primer encargo de sus manos. Fue el que comenzó los servicios y sacramentos en muchos lugares remotos. A muchos los bautizó. A muchos los llevó a la mesa del Señor. Comenzó y mantuvo muchas reuniones para orar, alabar y predicar. Fue el que estableció la disciplina en muchas iglesias jóvenes. Cualquier ordenanza, regla o ceremonia que se observara en ellas, era primero recomendada por él. ¿Pero alguna vez se glorió en su oficio y en su posición en la iglesia? ¿Habló

alguna vez como si su espíritu eclesiástico lo salvara, lo justificara, quitara sus pecados y lo hiciera aceptable ante Dios? ¡Oh, no! ¡Nunca! ¡Ni por un momento!

Y ahora, lector, fíjese en lo que le digo. Si el apóstol Pablo nunca se glorió en ninguna de estas cosas, ¿quién en todo el mundo, de un extremo al otro, —quién tiene derecho a gloriarse en ellas en nuestros días? Si Pablo dijo: *“Pero jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz”*, ¿quién se atrevería a decir: *“Tengo algo de que gloriarme, —soy mejor hombre que Pablo”*?

¿Quién de los lectores de este tratado confía en su propia bondad? ¿Quién hay que se apoye en sus propias enmiendas, —su propia moralidad, —sus propias obras de cualquier tipo? ¿Quién es el que apoya el peso de su alma en cualquier cosa propia, en el menor grado posible? Aprenda, digo, que usted es muy diferente al Apóstol Pablo. Aprenda que su religión *no es una religión apostólica*.

¿Quién hay entre los lectores de este libro que confía en su religiosidad para la salvación? ¿Quién se valora a sí mismo en su bautismo, o su participación en la mesa del Señor, —su asistencia a la iglesia los Domingos, o sus servicios diarios durante la semana, —y se dice a sí mismo, ¿Qué me falta todavía? Aprenda, le digo, este día, que usted es muy diferente a Pablo. Su Cristianismo *no es el del Nuevo*

Testamento. Pablo no se gloriaría en nada más que en la cruz. Tampoco usted debería hacerlo.

¡Oh, lector, cuidado con la justicia propia! El pecado abierto mata a sus miles de almas. La justicia propia mata a sus decenas de miles. Vaya y estudie la humildad con el gran apóstol de los Gentiles. Vaya y siéntese con Pablo al pie de la cruz. Renuncie a su orgullo oculto. Deseche sus vanas ideas de su propia bondad. Agradezca si tiene gracia, pero nunca se gloríe en ella ni por un momento. Trabaje para Dios y Cristo con corazón, alma, mente y fuerza, pero nunca sueñe ni por un segundo con confiar en su propio trabajo.

Piense, usted que se consuela con algunas ideas fantasiosas de su propia bondad, —piense, usted que se encierra en la noción, *“todo debe estar bien, si me mantengo en mi iglesia,”* — piense por un momento en ¡qué cimientos de arena está construyendo! ¡Piense por un momento cuán miserablemente defectuosas serán sus esperanzas y súplicas en la hora de la muerte y en el día del juicio! No importa lo que los hombres digan de su propia bondad mientras estén fuertes y sanos, encontrarán poco que

decir de ello, cuando estén enfermos y muriendo. Cualquier mérito que pueda ver en sus propias obras aquí en este mundo, no lo encontrarán en ellos cuando estén ante el estrado de Cristo. La luz de ese gran día de asamblea hará una maravillosa diferencia en la apariencia de todas sus obras. Quitará el oropel, marchitará la apariencia del rostro, expondrá la podredumbre, de muchas acciones que ahora se llaman buenas. Su trigo no será más que paja. En su oro solamente se encontrará escoria. Millones de las llamadas acciones cristianas, resultarán ser completamente defectuosas o inútiles. Superaron la moda, y fueron valoradas entre los hombres. Demostrarán ser livianas y sin valor en la balanza de Dios. Serán consideradas como los sepulcros blanqueados del pasado, limpios y hermosos por fuera, pero llenos de corrupción por dentro. ¡Ay del hombre que aguarda el día del juicio, y que apoya su alma en el más mínimo grado sobre cualquier cosa propia!¹

Lector, una vez más digo, cuídese de la autojustificación en todas las formas posibles. Algunas personas reciben el mismo daño de sus virtudes imaginarias que otras de sus pecados.

¹ *“Los hombres, cuando se sienten cómodos, se hacen cosquillas vanas en su propio corazón con el engrandecimiento libertino de no sé qué relación proporcional entre sus méritos y sus recompensas, que en el trance de sus elevadas especulaciones, sueñan que Dios ha medido y acumulado como en montones para ellos; —Vemos, sin embargo, por la experiencia diaria, incluso en algunos de ellos, que cuando se acerca la hora de la muerte, cuando se oyen íntimamente convocados a comparecer y a presentarse ante el estrado de ese Juez, cuyo brillo hace que los ojos de los*

propios ángeles se encandilen, todas esas imaginaciones inútiles empiezan entonces a ocultar sus rostros. Nombrar los méritos entonces es poner sus almas en el tormento. El recuerdo de sus propios actos les resulta repugnante. Abandonan todo aquello en lo que han confiado. No hay bastón en el que apoyarse, ni descanso, ni tranquilidad, ni comodidad, sino sólo en Cristo Jesús”. —Richard Hooker, *Of the Laws of Ecclesiastical Policy* [De las Leyes de Política Eclesiástica]. 1585.

Tenga cuidado, no vaya a ser uno de ellos. No descanse, no descanse hasta que su corazón lata en sintonía con el del apóstol Pablo. No descanse hasta que pueda decir con él: *“Pero jamás acontezca que yo me glorie, sino en la cruz”*.

2. ¿Qué entender por la cruz de Cristo? —¿En qué se glorió Pablo?

La cruz es una expresión que se usa con más de un significado en la Biblia. ¿A qué se refería el apóstol Pablo cuando dijo en la Epístola a los Gálatas: *“Me glorió en la cruz de Cristo”*? Este es el punto que ahora quiero dejar claro.

La cruz a veces significa esa cruz de madera, en la que el Señor Jesús fue crucificado y ejecutado en el Monte del Calvario. Esto es lo que el apóstol Pablo tenía en mente, cuando dijo a los Filipenses que Cristo *“[se hizo] obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”* (Fil. 2:8). Esta no es la cruz en la que el apóstol Pablo se glorió. Se habría retraído con horror ante la idea de gloriarse en un simple trozo de madera. No dudo que habría denunciado la adoración católica del crucifijo, como profana, blasfema e idólatra.

La cruz a veces significa las aflicciones y pruebas que los creyentes en Cristo tienen que pasar si siguen a Cristo fielmente, por causa de su profesión. Este es el sentido en el que nuestro Señor usa esta palabra cuando dice, *“Y el que no toma su cruz y sigue en pos de Mí, no es digno de Mí”* (Mt. 10:38). Este tampoco es el sentido en el que Pablo usa esta palabra cuando escribe a los Gálatas. Él conocía bien esa cruz. La llevaba con paciencia. Pero no está hablando de ésta aquí.

Pero la cruz también significa en algunos lugares la doctrina de que Cristo murió por los pecadores en la cruz, —la expiación que hizo por los pecadores, mediante su sufrimiento por ellos en la cruz, —el sacrificio completo y perfecto que ofreció por el pecado, cuando entregó su propio cuerpo para ser crucificado. En resumen, esta única palabra, *“la cruz”*, representa a Cristo crucificado, el único Salvador. Este es el sentido en el cual Pablo usa la expresión, cuando dice a los Corintios, *“Porque la palabra de la cruz es necesidad para los que se pierden”* (1 Co. 1:18). En este sentido escribió a los Gálatas: *“Pero jamás acontezca que yo me glorie, sino en la cruz”*. Simplemente quiso decir: *“No me glorió en nada más que en Cristo crucificado, como la salvación de mi alma”*².

² *“Por la cruz de Cristo el apóstol entiende el sacrificio todo—suficiente, expiatorio y satisfactorio de Cristo en la cruz, que es toda la obra de*

nuestra redención: en el conocimiento salvador del cual profesa que se gloriará y se jactará”. —Cudworth sobre Gálatas. 1613.

Lector, Jesucristo crucificado fue el gozo y el deleite, el consuelo y la paz, la esperanza y la confianza, el fundamento y el lugar de descanso, el arca y el refugio, la comida y la medicina del alma de Pablo. No pensó en lo que él mismo había hecho, y sufrió personalmente. No meditó sobre su propia bondad y justicia. Le agradaba pensar en lo que Cristo había hecho, y lo que Cristo había sufrido, —en la muerte de Cristo, la justicia de Cristo, la expiación de Cristo, la sangre de Cristo, la obra terminada de Cristo. En esto él se glorió. Este era el sol de su alma.

Este es el tema *sobre el que le encantaba predicar*. Era un hombre que iba y venía por la tierra, proclamando a los pecadores que el Hijo de Dios había derramado la sangre de Su propio corazón para salvar sus almas. Caminó por el mundo diciendo a la gente que Jesucristo los había amado y que murió por sus pecados en la cruz. Miren cómo le dice a los Corintios, *“Porque yo les entregué en primer lugar lo mismo que recibí: que Cristo murió por nuestros pecados”* (1 Co. 15:3). *“porque nada me propuse saber entre ustedes, excepto a Jesucristo, y Este crucificado”* (1 Co. 2:2). Él, un blasfemo, un Fariseo

perseguidor, había sido lavado con la sangre de Cristo. Era incapaz de permanecer en silencio al respecto. Nunca se cansó de contar la historia de la cruz.

Este es el tema *en el que le encantaba detenerse cuando escribía* a los creyentes. Es maravilloso observar cuán llenas están generalmente sus epístolas de los sufrimientos y la muerte de Cristo, —cómo se llenan de *“pensamientos que respiran, y palabras que arden”* sobre el amor y el poder agonizante de Cristo. Su corazón parece estar lleno del tema. Lo amplía constantemente. Vuelve a él continuamente. Es el hilo de oro que atraviesa toda su enseñanza doctrinal y su exhortación práctica. Parece pensar que el cristiano más avanzado nunca puede escuchar demasiado de la cruz³.

Esto es lo que *vivió durante* toda su vida, desde el momento de su conversión. Le dice a los Gálatas: *“la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gá. 2:20). ¿Qué lo hizo tan fuerte para el trabajo? ¿Qué lo hizo estar tan dispuesto a trabajar? ¿Qué lo hizo tan

“Tocante a estas palabras, no encuentro que ningún expositor, antiguo o moderno, papista o protestante, escribiendo sobre este tema, exponga la cruz aquí mencionada como la señal de la cruz, sino como la profesión de fe en Aquel que fue colgado en la cruz”. —Mayer’s Commentary [Comentario de Mayer]. 1631.

“Esto debe entenderse más por la cruz que Cristo sufrió por nosotros, que por la que nosotros sufrimos por Él”. —Leigh’s Annotations [Anotaciones de Leigh]. 1650.

³ *“Cristo crucificado es la suma del Evangelio, y contiene todas sus riquezas. Pablo estaba tan impresionado con Cristo, que nada más dulce que Jesús podía salir de su pluma y sus labios. Se observa que tiene la palabra “Jesús” quinientas veces en sus Epístolas”*. —Stephen Charnock. 1684.

incansable en su esfuerzo por rescatar a algunos? ¿Qué lo hizo tan perseverante y paciente? Le diré el secreto de todo esto. Siempre se alimentó por la fe del cuerpo y la sangre de Cristo. Jesús crucificado era el alimento y la bebida de su alma.

Y, lector, puede estar seguro de que Pablo tenía razón. Depende de ello, la cruz de Cristo, — la muerte de Cristo en la cruz para expiar a los pecadores, — es la verdad central de toda la Biblia. Esta es la verdad con la que iniciamos cuando abrimos el Génesis. La semilla de la mujer que aplasta la cabeza de la serpiente no es más que una profecía de Cristo crucificado. Esta es la verdad que brilla, aunque velada, a través de la ley de Moisés y la historia de los Judíos. El sacrificio diario, el cordero pascual, el continuo derramamiento de sangre en el tabernáculo y el templo, — todos estos eran símbolos de Cristo crucificado. Esta es la verdad que vemos honrada en la visión del cielo antes de cerrar el libro de Apocalipsis. Se nos dice *“Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado”* (Ap. 5:6 RVR1960). Incluso en medio de la gloria celestial tenemos una visión de Cristo crucificado. Si quitamos la cruz de Cristo, la Biblia es un libro indescifrable. Es como los jeroglíficos egipcios, sin la clave que interpreta su significado, — curioso y maravilloso, pero sin utilidad real.

Lector, recuerde lo que le digo. Puede que sepas mucho de la Biblia. Puede que conozca los esquemas de las historias que contiene, y las fechas de los eventos descritos, así como un hombre conoce la historia de Inglaterra. Puede que conozca los nombres de los hombres y mujeres mencionados en ella, como un hombre conoce a César, Alejandro Magno o Napoleón. Puede que conozca los preceptos de la Biblia y los admire, como un hombre admira a Platón, Aristóteles o Séneca. Pero si aún no ha descubierto que Cristo crucificado es el fundamento de todo el libro, hasta ahora ha leído la Biblia con muy poco provecho. Su religión es un cielo sin sol, un arco sin piedra angular, una brújula sin aguja, un reloj sin resortes ni pesas, una lámpara sin aceite. No le consolará. No libraré su alma del infierno.

Lector, recuerde lo que le digo. Puede que usted conozca mucho sobre Cristo, por una especie de conocimiento intelectual. Puede que conozca quién era, dónde nació y qué hizo. Puede conocer Sus milagros, Sus dichos, Sus profecías y Sus ordenanzas. Puede que conozca cómo vivió, cómo sufrió y cómo murió. Pero a menos que conozca el poder de la cruz de Cristo por experiencia, — a menos que conozca y sienta en su interior que la sangre derramada en esa cruz ha lavado sus pecados particulares, — a menos que usted esté dispuesto a confesar que su

salvación depende enteramente de la obra que Cristo hizo en la cruz, —a menos que este sea el caso, Cristo no lo beneficiará en nada. El mero hecho de conocer el nombre de Cristo nunca lo salvará. Debe conocer Su cruz y Su sangre, o de lo contrario morirá en sus pecados⁴.

Lector, mientras usted viva, *tenga cuidado con una religión en la que no hay mucho de la cruz*. Usted vive en tiempos en los que esta advertencia es tristemente necesaria. Cuidado, repito, con una religión sin la cruz.

Hay cientos de lugares de culto en estos días, en los que hay de todo, excepto la cruz. Hay roble tallado y piedra esculpida. Hay vidrios de colores y pinturas brillantes. Hay servicios solemnes, y una constante serie de ordenanzas. Pero la verdadera cruz de Cristo no está ahí. Jesús crucificado no se proclama en el púlpito. El Cordero de Dios no se exalta, y la salvación por la fe en Él no se proclama libremente. Y por lo tanto todo está mal. Lector, tenga cuidado con esos lugares de culto. No son apostólicos. No habrían convencido al apóstol Pablo⁵.

Hay miles de libros religiosos publicados en nuestros tiempos, en los que hay de todo menos la cruz. Están llenos de indicaciones sobre los sacramentos y alabanzas a la iglesia. Abundan en

exhortaciones sobre la vida santa, y reglas para el logro de la perfección. Tienen muchas tipografías y cruces tanto en el interior como en el exterior. Pero la verdadera cruz de Cristo está ausente. El Salvador y su amor agonizante no se mencionan, o se mencionan de forma no bíblica. Y por lo tanto son peores que inútiles. Lector, tenga cuidado con esos libros. No son apostólicos. Nunca habrían convencido al apóstol Pablo.

Lector, el apóstol Pablo no se glorió en nada más que en la cruz. Procure ser como él. Ponga a Jesús crucificado completamente ante los ojos de su alma. No escuche ninguna enseñanza que interponga algo entre usted y Él. No caiga en el viejo error de los Gálatas: ni piense que alguien en este día es mejor guía que los apóstoles. No se avergüence de los viejos caminos, en los que caminaron hombres inspirados por el Espíritu Santo. No permita que el discurso vago de los hombres, que dicen grandes palabras sobre la catolicidad, la iglesia, y el ministerio, perturben su paz, y le hagan soltar las manos de la cruz. Las iglesias, los ministros y los sacramentos, son todos útiles en cierto modo, pero no son Cristo crucificado. No le dé el honor de Cristo a otro. “*El*

⁴ “*Si nuestra fe se detiene en la vida de Cristo, y no se fija en Su sangre, no será una fe que nos justifique. Sus milagros, que prepararon al mundo para sus doctrinas; Su santidad, que se adecuó a Sus sufrimientos, hubieran sido insuficientes para nosotros sin la adición de la cruz*”. — Stephen Charnock. 1684.

⁵ “*Pablo se propuso no conocer nada más que a Jesucristo y a él crucificado. Pero muchos manejan el ministerio como si hubieran tomado una determinación contraria, incluso para conocer otra cosa que a Jesucristo y a él crucificado*”. —Robert Traill. 1690.

que se gloria, que se gloríe en el Señor” [1 Co. 1:31].

3. ¿Por qué todos los Cristianos deben gloriarse en la cruz de Cristo?

Siento que debo decir algo sobre este punto, debido a la ignorancia que prevalece al respecto. Sospecho que muchos no ven la gloria y belleza peculiar en el tema de la cruz de Cristo. Al contrario, lo consideran doloroso, humillante y degradante. No ven mucho beneficio en la historia de su muerte y sus sufrimientos. Más bien se alejan de ella como algo desagradable.

Ahora, creo que estas personas están muy equivocadas. No puedo quedarme con ellos. Creo que es algo excelente para todos nosotros estar continuamente en la cruz de Cristo. Es bueno que se nos recuerde a menudo cómo Jesús fue traicionado en manos de hombres malvados, — cómo lo condenaron con el más injusto juicio, — cómo lo escupieron, lo azotaron, lo golpearon y lo coronaron con espinas, — cómo lo llevaron como un cordero al matadero, sin que Él murmurara o se resistiera, — cómo le traspasaron las manos y los pies con los clavos, y lo pusieron en el Calvario entre dos ladrones, — cómo le atravesaron el costado con una lanza, se burlaron

de Él en Sus sufrimientos, y lo dejaron colgado allí desnudo y sangrando hasta que murió. De todas estas cosas, digo, es bueno ser recordado. No es por nada que la crucifixión se describe cuatro veces en el Nuevo Testamento. Hay muy pocas cosas que los cuatro escritores del Evangelio describen en conjunto. Hablando en general, si Mateo, Marcos y Lucas, narran algo de la historia de nuestro Señor, Juan no lo narra. Pero hay una cosa que los cuatro nos ofrecen más plenamente, y esta es la historia de la cruz. Este es un hecho significativo, y no debe ser pasado por alto.

Me parece que la gente olvida que todos los sufrimientos de Cristo en la cruz fueron *predestinados*. No vinieron sobre Él por casualidad o accidente. Fueron planeados, aconsejados y determinados desde la eternidad. La cruz estaba prevista en todas las disposiciones de la Trinidad eterna, para la salvación de los pecadores. En los propósitos de Dios, la cruz fue dispuesta desde la eternidad. Ni un solo dolor sintió Jesús, ni una preciosa gota de sangre derramó Jesús, que no hubiera sido designada hacía mucho tiempo. La sabiduría infinita planeó que la redención debía ser por la cruz. La sabiduría infinita llevó a Jesús a la cruz a su debido tiempo. Fue crucificado por el determinado consejo y el conocimiento previo de Dios.

Me parece que la gente olvida que todos los sufrimientos de Cristo en la cruz fueron *necesarios para la salvación del hombre*. Él tuvo que cargar con nuestros pecados, si alguna vez iban a ser asumidos por completo. Sólo con sus llagas podríamos ser curados. Este era el único pago de nuestra deuda que Dios aceptaría. Este era el gran sacrificio del que dependía nuestra vida eterna. Si Cristo no hubiera ido a la cruz y sufrido en nuestro lugar, el justo por los injustos [1 P. 3:18], no habría existido una chispa de esperanza para nosotros. Habría existido un gran abismo entre nosotros y Dios, que ningún hombre podría haber pasado⁶.

Me parece que la gente olvida que todos los sufrimientos de Cristo fueron soportados *voluntariamente* y por Su propia voluntad. Él no estaba bajo ninguna obligación. Por Su propia elección, dio Su vida. Por Su propia elección fue a la cruz para terminar el trabajo que vino a hacer. Fácilmente podría haber convocado legiones de ángeles con una palabra, y dispersado a Pilatos y Herodes y todos sus ejércitos, como la paja ante el viento. Pero Él era un sufriente dispuesto. Su corazón estaba puesto en la salvación de los pecadores. Estaba decidido a abrir una fuente

para todos los pecados e impurezas, derramando Su propia sangre.

Lector, cuando pienso en todo esto, no veo nada doloroso o desagradable en el tema de la cruz de Cristo. Al contrario, veo en ella sabiduría y poder, paz y esperanza, gozo y alegría, alivio y consuelo. Cuanto más mantengo la cruz en mi mente, más plenitud me parece discernir en ella. Cuanto más tiempo permanezco en la cruz con mis pensamientos, más me convengo de que hay más que aprender al pie de la cruz que en cualquier otro lugar del mundo.

¿Podría conocer la longitud y la anchura *del amor de Dios Padre* hacia un mundo pecaminoso? ¿Dónde lo veré más desplegado? ¿Debería ver su glorioso sol brillando diariamente sobre los ingratos y los malvados? ¿Debería ver el tiempo de la semilla y la cosecha regresando en una sucesión anual regular? ¡Oh, no! Puedo encontrar una prueba de amor más fuerte que cualquier cosa de este tipo. Miro la cruz de Cristo. No veo en ella la causa del amor del Padre, sino el efecto. Allí veo que Dios amó tanto a este mundo malvado, que dio a Su Hijo Unigénito, —lo entregó para que sufriera y muriera, —para que todo aquel que creyera en Él no pereciera, sino que tuviera la vida eterna. Sé que el Padre nos

⁶ “En la humillación de Cristo está nuestra exaltación; en su debilidad está nuestra fuerza; en su ignominia nuestra gloria; en su muerte nuestra vida”. —Cudworth. 1613.

“El ojo de la fe mira a Cristo sentado en la cúspide de la cruz, como en un carro triunfal; el diablo atado a la parte más baja de la misma cruz, y pisoteado bajo los pies de Cristo”. —Obispo Davenant sobre Colosenses. 1627.



ama porque no nos ha negado a Su Hijo, Su único Hijo. ¡Ah, lector, a veces podría imaginar que Dios Padre es demasiado alto y santo para cuidar de criaturas tan miserables y corruptas como nosotros! Pero no puedo, no debo, no me atrevo a pensarlo, cuando miro la cruz de Cristo⁷.

¿Podría conocer cuán excesivamente *pecaminoso y abominable es el pecado* a los ojos de Dios? ¿Dónde veré que eso se ponga de manifiesto de la forma más completa? ¿Debería volver a la historia del diluvio y leer cómo el pecado ahogó al mundo? ¿Debería ir a la orilla del Mar Muerto, y ver lo que el pecado trajo a Sodoma y Gomorra? ¿Debería volverme hacia los judíos errantes y observar cómo el pecado los ha esparcido sobre la faz de la tierra? No: ¡Puedo encontrar una prueba más clara aún! Miro la cruz de Cristo. Allí veo que el pecado es tan oscuro y detestable, que nada más que la sangre del propio Hijo de Dios puede lavarlo. Allí veo que el pecado me ha separado tanto de mi santo Creador, que todos los ángeles del cielo nunca podrían haber hecho la paz entre nosotros. Nada podría reconciliarnos sin la muerte de Cristo. Ah, si escuchara la miserable charla de los hombres orgullosos, ¡podría a veces imaginar que el

pecado no es tan pecaminoso! Pero no puedo considerar insignificante el pecado, cuando miro la cruz de Cristo⁸.

¿Podría conocer la *plenitud y la integridad de la salvación* que Dios ha proporcionado a los pecadores? ¿Dónde la veré más claramente? ¿Debería ir a las declaraciones generales de la Biblia sobre la misericordia de Dios? ¿Debería descansar en la verdad general de que Dios es un Dios de amor? ¡Oh, no! Miraré la cruz de Cristo. No encuentro ninguna evidencia como esa. No encuentro ningún bálsamo para una conciencia adolorida y un corazón atribulado, como la visión de Jesús muriendo por mí en el madero maldito. Allí veo que se ha pagado por completo todas mis enormes deudas. La maldición de esa ley que he quebrantado ha caído sobre Aquel que allí sufrió en mi lugar. Las demandas de esa ley están todas satisfechas. El pago se ha hecho por mí, incluso hasta el último centavo. No será requerido dos veces. ¡Ah, quizás algunas veces imagine que era muy malo para ser perdonado! Mi propio corazón a veces susurra que soy tan inicuo para ser salvado. Pero sé que en mis mejores momentos todo esto es una tonta incredulidad. Leí una respuesta a mis dudas en la sangre derramada en

⁷ “El mundo en que vivimos habría caído sobre nuestras cabezas, si no hubiera sido sostenido por el pilar de la cruz; si Cristo no hubiera intervenido y prometido una satisfacción por el pecado del hombre. Todas las cosas consisten en esto; no es una bendición de la que disfrutamos, pero puede ponernos delante de está; todos fueron perdidos por el pecado, pero ameritados por Su sangre. Si lo estudiamos bien seremos sensatos

en cuanto al modo en que Dios odiaba el pecado y amaba al mundo”. —Charnock.

⁸ “Si Dios odia tanto el pecado que no aceptó del hombre ni de ningún ángel la redención de este, sino sólo la muerte de su único y bien amado Hijo, ¿Quién no tendrá miedo de esto?” —Homilía de la Iglesia de Inglaterra para el Viernes Santo. 1560

el Calvario. Estoy seguro de que hay un camino al cielo para el más vil de los hombres, cuando miro la cruz.

¿Encontraría *razones de peso para ser un hombre santo*? ¿A dónde me dirigiré por ellas? ¿Escucharé los diez mandamientos simplemente? ¿Debería estudiar los ejemplos que me da la Biblia de lo que la gracia puede hacer? ¿Debería meditar sobre las recompensas del cielo y los castigos del infierno? ¿No hay un motivo más fuerte todavía? ¡Sí! Miraré la cruz de Cristo. Allí veo el amor de Cristo que me obliga a vivir no para mí mismo, sino para Él. Allí veo que ya no me pertenezco a mí mismo; —estoy comprado por un precio. Estoy obligado por las más solemnes obligaciones de glorificar a Jesús con cuerpo y espíritu, que son Suyos. Allí veo que Jesús se entregó por mí, no sólo para redimirme de toda iniquidad, sino también para purificarme y hacerme parte de un pueblo especial, celoso de buenas obras. Llevó mis pecados en Su propio cuerpo en el madero, para que yo, muerto al pecado, viviera en la justicia. ¡Ah, lector, no hay nada tan santificante como una visión clara de la cruz de Cristo! Crucifica el mundo para nosotros, y nosotros para el mundo. ¿Cómo podemos amar el pecado cuando recordamos que por nuestros pecados Jesús murió? Seguramente nadie debe ser tan santo como los discípulos de un Señor crucificado.

¿Aprendería a estar contento y alegre bajo todas las preocupaciones y ansiedades de la vida? ¿A qué escuela iré? ¿Cómo alcanzaré ese estado mental más fácilmente? ¿Debería mirar la soberanía de Dios, la sabiduría de Dios, la providencia de Dios, el amor de Dios? Está bien hacerlo. Pero tengo un argumento aún mejor. Miraré la cruz de Cristo. Siento que Aquel que no perdonó a Su único Hijo, sino que lo entregó para que muriera por mí, seguramente con Él me dará todo lo que realmente necesito. Aquel que soportó ese dolor por mi alma, seguramente no me negará nada que sea realmente bueno. Aquel que ha hecho las cosas más grandes por mí, sin duda hará también las más pequeñas. Aquel que ofreció Su propia sangre para conseguirme un hogar, sin duda me proporcionará todo lo que sea realmente provechoso para mí en el camino. ¡Ah, lector, no hay ninguna escuela para aprender el contentamiento que se pueda comparar con el pie de la cruz!

¿Reuniría argumentos con la esperanza que nunca seré echado fuera? ¿Dónde debo ir a buscarlos? ¿Debería mirar mis propias gracias y dones? ¿Debería confortarme en mi propia fe, amor, penitencia, celo, y oración? ¿Debo volverme a mi propio corazón y decir, “*este mismo corazón nunca será falso y frío*”? ¡Oh, no! ¡Dios no lo quiera! Miraré la cruz de Cristo. Este es mi gran argumento. Esta es mi principal

estancia. No puedo pensar que Aquel que pasó por tales sufrimientos para redimir mi alma, dejará que esa alma perezca después de todo, cuando una vez se haya postrado ante Él. ¡Oh, no! Lo que Jesús pagó, Jesús seguramente lo guardará. Lo pagó muy caro. No dejará que se pierda fácilmente. Murió por mí cuando yo era todavía un oscuro pecador. Nunca me abandonará después de que yo haya creído. Ah, lector, cuando Satanás lo tienta a dudar de si el pueblo de Cristo será guardado de caer, debería decirle a Satanás que mire a la cruz⁹.

Y ahora, lector, ¿se maravillará de que haya dicho que todos los cristianos deben gloriarse en la cruz? ¿No se maravillará más bien de que alguien pueda oír de la cruz y permanecer indiferente? Declaro que no conozco mayor prueba de la depravación del hombre, que el hecho de que miles de los llamados cristianos no vean nada en la cruz. Bien pueden nuestros corazones ser llamados de piedra, —bien pueden los ojos de nuestra mente ser llamados ciegos, —bien puede nuestra naturaleza entera ser llamada enferma, bien pueden todos ser llamados muertos, cuando se oye hablar de la cruz de Cristo, y sin embargo se ignora. Seguramente podemos tomar las palabras del profeta y decir: “Oíd, cielos, y escucha, tierra [Is. 1:2]...Algo

espantoso y terrible ha sucedido [Jer. 5:30]”, — ¡Cristo fue crucificado por los pecadores, y aun así muchos cristianos viven como si Él nunca hubiera sido crucificado del todo!

Lector, la cruz *es la gran particularidad de la religión Cristiana*. Otras religiones tienen leyes y preceptos morales, —formas y ceremonias, — recompensas y castigos. Pero otras religiones no pueden hablarnos de un Salvador agonizante. No pueden mostrarnos la cruz. Esta es la corona y la gloria del Evangelio. Este es aquel consuelo especial que sólo le pertenece al mismo. Miserable es esa enseñanza religiosa que se llama a sí misma cristiana, y sin embargo no contiene nada de la cruz. Un hombre que enseña de esta manera podría también afirmar que puede explicar el sistema solar, y sin embargo no decir nada a sus oyentes sobre el sol.

La cruz *es la fuerza de un ministro*. Por mi parte, no estaría sin ella por nada en el mundo. Me sentiría como un soldado sin armas, como un artista sin su lápiz, como un piloto sin su brújula, como un trabajador sin sus herramientas. Que los demás, si quieren, prediquen la ley y la moralidad. Que los demás proclamen los terrores del infierno y las alegrías del cielo. Que otros impregnen sus congregaciones con enseñanzas sobre los sacramentos y la iglesia. Dame la cruz

⁹ “El creyente está tan liberado de la ira eterna, que si Satanás y la conciencia dicen, “eres un pecador, y bajo la maldición de la ley”, puede decir, es verdad, soy un pecador, pero fui colgado en un madero y morí, y

fui hecho una maldición en Cristo mi Cabeza y Legislador, y su pago y sufrimiento es mi pago y sufrimiento”. —Rutherford’s Christ Dying [Cristo Agonizante]. 1647.

de Cristo. Es la única palanca que ha puesto el mundo patas arriba hasta ahora, y ha hecho que los hombres abandonen sus pecados. Y si esto no lo hace, nada lo hará. Un hombre puede empezar a predicar con un perfecto conocimiento del latín, griego y hebreo. Pero hará poco o ningún bien entre sus oyentes a menos que sepa algo de la cruz. Nunca hubo un ministro que hiciera tanto por la conversión de las almas que no se extendiera tanto en Cristo crucificado. Lutero, Rutherford, Whitefield, M'Cheyne, fueron todos eminentemente predicadores de la cruz. Esta es la predicación que el Espíritu Santo se deleita en bendecir. Él ama honrar a aquellos que honran la cruz.

La cruz es el secreto de todo éxito misionero. Nada más que esto ha conmovido los corazones de los paganos. En la medida en que ésta ha sido levantada, las misiones han prosperado. Esta es el arma que ha ganado victorias en los corazones de todas las clases, en cada rincón del mundo. Groenlandeses, Africanos, Isleños del Mar del Sur, Hindúes, Chinos, todos han sentido su poder por igual. Así como ese enorme tubular de hierro que cruza el Estrecho de Menai¹⁰, es más afectado y doblado por media hora de sol que por todo el peso muerto que se puede colocar en él, de la misma forma los corazones de los salvajes

se han derretido ante la cruz, cuando cualquier otro argumento parecía moverlos no más que a las piedras. *“Hermanos”,* dijo un indio norteamericano después de su conversión, *“he sido un pagano. Sé cómo piensan los paganos. Una vez vino un predicador y empezó a explicarnos que había un Dios; pero le dijimos que volviéramos al lugar de donde vino. Otro predicador vino y nos dijo que no mintiéramos, ni robáramos, ni bebiéramos; pero no le hicimos caso. Por fin, otro vino un día a mi cabaña y dijo: “Vengo a ustedes en nombre del Señor del cielo y de la tierra”. Él envía para hacerles saber que los hará felices y los libraré de la miseria. Para este fin se hizo hombre, dio su vida en rescate, y derramó su sangre por los pecadores. No podía olvidar sus palabras. Se las dije a los otros indios, y un despertar comenzó entre nosotros”.* Digo, pues, predica los sufrimientos y la muerte de Cristo, nuestro Salvador, si quiere que sus palabras obtengan entrada entre los paganos. ¡Nunca el diablo triunfó tanto como cuando persuadió a los misioneros jesuitas en China para que no contaran la historia de la cruz!

La cruz es el fundamento de la prosperidad de una iglesia. Ninguna iglesia será honrada en la que Cristo crucificado no sea levantado continuamente. Nada de lo que haga puede

¹⁰ Al parece el escritor se refería al puente Britannia *“es un puente sobre el estrecho de Menai, entre las islas de Anglesey y Gran Bretaña. Originalmente era un puente tubular de ojos en forma de caja*

rectangular de hierro forjado, y actualmente es un puente de un único arco de acero de dos niveles” Wikipedia. (N. del T.)

compensar la falta de la cruz. Sin ella todas las cosas pueden hacerse decentemente y en orden. Sin ella puede haber espléndidas ceremonias, hermosa música, magníficas iglesias, doctos ministros, mesas de comunión llenas, enormes colectas para los pobres. Pero sin la cruz no se hará ningún bien. Los corazones oscuros no serán iluminados. Los corazones orgullosos no serán humillados. Los corazones afligidos no serán consolados. Los corazones que desfallecen no serán animados. Sermones sobre la Iglesia católica y un ministerio apostólico, —sermones sobre el bautismo y la cena del Señor, —sermones sobre la unidad y el cisma, —sermones sobre el ayuno y la comunión, —sermones sobre padres y santos, —tales sermones nunca compensarán la ausencia de sermones sobre la cruz de Cristo. Pueden entretener a algunos. No alimentarán a nadie. Un magnífico salón de banquetes y un espléndido plato de oro en la mesa nunca compensarán a un hombre hambriento por la falta de comida. Cristo crucificado es la gran ordenanza de Dios para hacer el bien a los hombres. Siempre que una iglesia deja de lado a Cristo crucificado, o pone cualquier cosa en el lugar más importante que Cristo crucificado siempre debe tener, desde ese momento una iglesia deja de ser útil. Sin Cristo crucificado en sus púlpitos, una iglesia es poco mejor que un estorbo en la tierra, un cadáver, un

pozo sin agua, una higuera estéril, un vigilante dormido, una trompeta silenciosa, un testigo mudo, un embajador sin términos de paz, un mensajero sin noticias, un faro sin luz, un obstáculo para los creyentes débiles, un consuelo para los infieles, una cama caliente para el formalismo, una alegría para el diablo y una ofensa para Dios.

La cruz es *el gran centro de unión* entre los verdaderos cristianos. Nuestras diferencias externas son muchas, sin duda. Un hombre es Episcopal, otro es Presbiteriano, —uno es Independiente, otro Bautista, —uno es Calvinista, otro Armenio, —uno es Luterano, otro es hermano de Plymouth, —uno es amigo de los establecimientos, otro es amigo del sistema voluntario, —uno es amigo de las liturgias, otro es amigo de la oración improvisada. Pero después de todo, ¿qué oiremos sobre la mayoría de estas diferencias en el cielo? Nada, muy probablemente: nada en absoluto. ¿Un hombre se gloria real y sinceramente en la cruz de Cristo? Esa es la gran pregunta. Si lo hace, es mi hermano; —estamos viajando por el mismo camino. Estamos viajando hacia un hogar donde Cristo lo es todo, y todo lo exterior en la religión será olvidado. Pero si no se gloria en la cruz de Cristo, no puedo sentirme cómodo con él. La unión en los puntos exteriores es sólo una unión para el tiempo. —La unión en la cruz es una unión

para la eternidad. El error en los puntos externos es sólo una enfermedad superficial. El error sobre la cruz es una enfermedad del corazón. La unión en los puntos externos es una mera unión hecha por el hombre. La unión sobre la cruz de Cristo sólo puede ser producida por el Espíritu Santo.

Lector, no sé qué piensa de todo esto. Me siento como si no hubiera dicho nada comparado con lo que se podría decir. Siento como si la mitad de lo que deseo decirle sobre la cruz quedara sin contar. Pero espero haberle dado algo en qué pensar. Confío en haberle mostrado que tengo razón en la pregunta con la que empecé este libro, “¿Qué piensa y siente acerca de la cruz de Cristo?” Escúcheme ahora por unos momentos, mientras digo algo para aplicar todo el tema a su conciencia.

¿Usted está viviendo en alguna clase de pecado? ¿Sigue el curso de este mundo y no le preocupa su alma? Escuche, le suplico, lo que le digo hoy: “Contemple la cruz de Cristo”. ¡Mire allí cómo lo amaba Jesús! ¡Mire allí lo que Jesús sufrió para prepararle un camino de salvación! Sí: hombres y mujeres despreocupados, ¡por ustedes se derramó esa sangre! ¡Por ustedes esas manos y pies fueron perforados con clavos! ¡Por ustedes ese cuerpo fue colgado en agonía en la cruz! ¡Ustedes son aquellos a quienes Jesús amó, y por quienes murió! Seguramente ese amor debería derretirlos. Seguramente el

pensamiento de la cruz debería llevarlos al arrepentimiento. ¡Oh! que así sea hoy mismo. ¡Oh! venga de inmediato a ese Salvador que murió por usted, y que está dispuesto a salvarlo. Venga y clame a Él con la oración de fe, y sé que Él lo escuchará. Venga y agárrese a la cruz, y sé que no lo echará fuera. Venga y crea en Aquel que murió en la cruz, y este mismo día tendrá la vida eterna. ¿Cómo se escapará si descuida una salvación tan grande? ¡Nadie estará tan hundido en el infierno como los que desprecian la cruz!

¿Está buscando el camino hacia el cielo?
 ¿Busca la salvación, pero duda de que pueda encontrarla? ¿Desea tener un compromiso con Cristo, pero duda de que Cristo lo reciba? A usted también le digo hoy: “Contemple la cruz de Cristo”. Aquí está el estímulo si realmente lo quiere. Acérquese al Señor Jesús con valentía, porque nada debe detenerlo. Sus brazos están abiertos para recibirlo. Su corazón está lleno de amor hacia usted. Él ha hecho un camino por el que puede acercarse a él con confianza. Piense en la cruz. Acérquese, y no tema.

¿Es usted un hombre sin educación? ¿Desea llegar al cielo, pero está perplejo y paralizado por las dificultades de la Biblia que no puede explicar? A usted también le digo hoy: “Contemple la cruz de Cristo”. Lea allí el amor del Padre y la compasión del Hijo. Seguramente están escritos en letras grandes y sencillas, que nadie puede

confundir. ¿Qué pasa si ahora está perplejo por la doctrina de la elección? ¿Qué pasa si en la actualidad no puede reconciliar su propia corrupción total y su propia responsabilidad? Mire, le digo, en la cruz. ¿No le dice esa cruz que Jesús es un poderoso, amoroso y presto Salvador? ¿No le aclara una cosa, y es que, si no es salvado, es todo por su propia culpa? ¡Oh! Agarre esa verdad, y manténgala firme.

¿Es usted un creyente angustiado? ¿Está su corazón presionado por la enfermedad, cansado por las decepciones, sobrecargado de preocupaciones? A usted también le digo hoy: "Contemple la cruz de Cristo". Piense de quién es la mano que lo castiga. Piense de quién es la mano que le mide la copa de la amargura que está usted bebiendo ahora. Es la mano de Aquel que fue crucificado. Es la misma mano que, por amor a su alma, fue clavada en el madero maldito. Seguramente ese pensamiento debería confortarlo y animarlo. Seguramente debe decirse a sí mismo, "Un Salvador crucificado nunca me dará nada que no sea bueno para mí. Hay una necesidad de ser. Debe estar bien".

¿Es usted un creyente que anhela ser más santo? ¿Es uno que encuentra su corazón muy dispuesto a amar las cosas terrenales? A usted también le digo: "Contemple la cruz de Cristo". Mire la cruz. Piense en la cruz. Medite en la cruz, y luego vaya y ponga sus afectos en el mundo si

puede. Creo que la santidad no se aprende en ninguna parte tan bien como en el Calvario. Creo que no se puede mirar mucho a la cruz sin sentir su voluntad santificada, y sus gustos más espirituales. Como al mirar el sol, que hace que todo lo demás parezca oscuro y tenue, la cruz oscurece el falso esplendor de este mundo. Como al saborear la miel hace que todas las demás cosas parezcan no tener sabor, así la cruz vista por la fe quita toda la dulzura de los placeres del mundo. Siga mirando cada día fijamente a la cruz de Cristo, y pronto dirá del mundo como lo hace el poeta, —

*"Sus placeres ahora ya no son agradables,
No más contenido comprado;
Lejos de mi corazón estén estos deleites,
Ahora al Señor he contemplado.*

*Como por la luz del día inaugural,
Las estrellas todas se han ocultado,
Así los placeres terrenales van a terminar
Cuando Jesús sea manifestado"*

¿Es usted un creyente a punto de morir? ¿Se ha ido a esa cama de la que algo en su interior le dice, que nunca bajará con vida? ¿Se acerca a esa hora solemne en la que el alma y el cuerpo deben separarse por una temporada, y usted debe emprender el camino hacia un mundo desconocido? ¡Oh! ¡Mire fijamente la cruz de Cristo, y se mantendrá en paz! Fije los ojos de su mente con firmeza en Jesús crucificado, y Él lo

librará de todos sus miedos. Aunque camine por lugares oscuros, Él estará con usted. Nunca lo dejará, nunca lo abandonará. Siéntese bajo la sombra de la cruz hasta el final, y su fruto será dulce a su gusto. “Ah”, dijo un misionero moribundo, *“sólo hay una cosa necesaria en el lecho de la muerte, ¡y es sentir los brazos alrededor de la cruz!”*

Lector, le presento estos pensamientos a su mente. Lo que piense ahora sobre la cruz de Cristo, no puedo decirlo; pero no puedo desearle nada mejor que esto, para que pueda decir como el apóstol Pablo, antes de que muera o se encuentre con el Señor, *“Pero jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”*.

Acerca del Autor

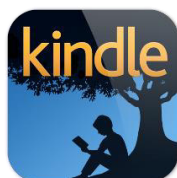
“John Charles Ryle (1816-1900) se graduó en Eton y Oxford y luego siguió una carrera en la política, pero debido a la falta de fondos, entró en el clero de la Iglesia de Inglaterra. Fue contemporáneo de Spurgeon, Moody, Mueller y Taylor y leyó a los grandes teólogos como

Wesley, Bunyan, Knox, Calvino y Lutero. Todos ellos influyeron en el entendimiento y la teología de Ryle. Ryle comenzó su carrera de escritor con un tratado después de la tragedia del puente colgante de Great Yarmouth, donde más de cien personas se ahogaron. Se ganó la reputación de ser un predicador y evangelizador directo. Viajó, predicó y escribió más de 300 panfletos, tratados y libros, incluyendo Expository Thoughts on the Gospels [Pensamientos Expositivos sobre los Evangelios], Principles for Churchmen [Principios para los Eclesiásticos] y Christian Leaders of the Eighteenth Century [Líderes Cristianos del Siglo XVIII]. Ryle usó las regalías de sus escritos para pagar las deudas de su padre, pero también se sintió en deuda con esa ruina por cambiar el rumbo de su vida. Fue recomendado por el Primer Ministro Benjamín Disraeli para ser Obispo de Liverpool donde terminó su carrera en 1900”¹¹.

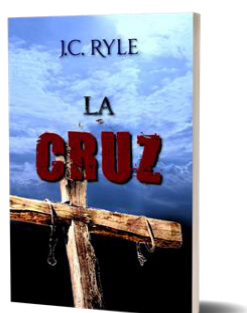
¹¹ Biografía traducida de Aneko Press. The Cross. [En línea] [Citado el: 2020 de 07 de 22.] <https://anekopress.com/product/the-cross/>.

Para más información sobre la vida del autor puede consultar: Gómez Pérez, Giovanni. BITE Project. J. C. RYLE: Pastor y escritor ANGLICANO evangélico inglés. [En línea] <https://biteproject.com/i-c-ryle/>.

ADQUIERE LA EDICIÓN KINDLE O PAPERBACK EN AMAZON



COMPRAR EN AMAZON



COMPRAR EN AMAZON